

Trigésimo Segundo Domingo del Tiempo Ordinario B2018

Las lecturas de este domingo hablan de nuestras donaciones a Dios. Muestran que el que libremente y con espíritu sincero le da a Dios recibirá mucho más a cambio. Nos invitan a abrirnos a las necesidades de nuestros semejantes y a dar sin contar el costo para que recibamos de Dios sus innumerables bendiciones.

La primera lectura describe la generosidad de la viuda de Serepta hacia el profeta Elías. Muestra cómo, cuando había hambre en el país, no dudó en darle a Elías un trozo de pan para comer. Muestra también que al actuar desinteresadamente, olvidando su propia hambre y la de su hijo, Dios la bendijo con abundante comida.

Lo que este texto nos enseña es que una buena acción hecha a otros en nombre de nuestra fe en Dios nunca quedará sin recompensa. Otra idea es que la generosidad hacia nuestros semejantes atrae las bendiciones de Dios sobre nosotros. La última idea es relativa a la certeza de que lo que más cuenta no es la cantidad de lo que ofrecemos a Dios, sino la justicia del corazón que le da a él.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús alaba a la viuda pobre por su pequeña ofrenda en el templo. En primer lugar, el Evangelio comienza con la advertencia de Jesús sobre el comportamiento de los escribas a quienes les gusta aparecer en lo que hacen para ser vistos por la gente. Luego, habla sobre la condena que recibirán debido a su mal comportamiento.

Después de eso, el Evangelio habla de la alabanza y apreciación de Jesús a la viuda pobre. Explica en particular la razón por la que lo hizo al declarar que, mientras que todos los demás contribuyentes ricos en la tesorería del templo dieron en abundancia, ella, por el contrario, de su pobreza, dio todo lo que tenía como medio de vida.

¿Qué aprendemos de este evangelio? Hoy quiero hablar de la ofrenda que agrada a Dios. ¿Qué quiero decir con eso? En primer lugar, quiero comenzar con una observación. De hecho, vivimos en una cultura donde el espectáculo juega un papel importante y a la gente le gusta tanto como a mí.

El espectáculo, de hecho, es importante para nuestra vida como sociedad porque contribuye a nuestro entretenimiento y relajación. Sin embargo, existe el peligro de que tal actividad, por importante que sea, se transfiera a nuestra espiritualidad.

Si sucede de esta manera, puede influir en nuestra práctica religiosa para que realicemos nuestra religión con el fin de ser vistos y apreciados por la gente. Este peligro es real y no debemos minimizarlo. Realmente puede suceder que cumplamos con una serie de prácticas religiosas para que las personas puedan ver cómo oramos y que somos personas devotas.

Tal peligro es lo que Jesús denuncia en el comportamiento de los escribas. No significa que, en sí mismos, los escribas fueran malos, el problema es que todo lo que hicieron fue externo, hecho para ser visto. Uno diría que les importaba más cómo aparecían que lo que realmente eran.

En este contexto, si se da una ofrenda a Dios con el espíritu de los escribas, entonces, no está guiada por la idea de devolver a Dios con humildad y con un espíritu de gratitud por los muchos regalos recibidos de sus manos; sino, como marca de espectáculo por lo que uno posee.

Es por eso que Jesús está alabando a la pobre viuda que no ha dado mucho en el tesoro del templo, pero lo poco que ha dado, le ha estado con todo su corazón. Por supuesto, Jesús no dice que las ofrendas de los otros contribuyentes no fueron significativas.

Si es así, ¿dónde está el problema, entonces? El problema tiene que ver con las disposiciones del corazón de quien ofrece. Es por esa razón que Jesús contrasta la actitud de los escribas que están llenos de sí mismos y aprovechan su situación de la de la viuda que es humilde y solo cuenta con Dios.

Para Jesús, de hecho, la pequeña contribución de la viuda era más importante que la de los demás. Mientras que los otros habían dado lo que podían ahorrar fácilmente y aún les quedaba mucho, ella había dado todo lo que tenía. En esta perspectiva, Jesús muestra claramente que lo que más importa no es la cantidad o el tamaño del don dado en el nombre de nuestra fe, sino el corazón que es generoso y el sacrificio aceptado al hacerlo. Es como lo que los padres hacen por sus hijos, es decir, dar con alegría y generosidad todo lo que tienen para el bien de sus hijos, incluso si esto duele.

De la misma manera, el sacrificio de la viuda es total y completo, sin reservas ni cálculos, simplemente realizado de forma libre y alegre desde el fondo del corazón. Ciertamente habría dado una moneda y se quedó con otra, probablemente para su supervivencia para mañana. Pero, dio todo lo que tenía sin vacilación ni reserva.

La actitud de la viuda nos desafía con respecto a nuestras ofrendas en la Santa Misa. ¿Ofrecemos con todo el corazón? ¿De qué manera puede todo lo que ofrecemos contribuir realmente a la obra del Señor? Si en la vida diaria alguien me diera algo como lo que ofrezco en la misa, ¿cómo reaccionaría honestamente ante eso?

Aquí hay una verdad simbólica: debemos ofrecernos por completo a Dios, lo que somos y lo que tenemos. Cuando actuemos de esta manera, Dios ciertamente nos bendecirá a su vez con muchos dones en nuestra vida. Por eso, incluso cuando no tenemos muchas cosas que dar, siempre debemos recordar que incluso nuestro pequeño regalo vale la pena ante Dios. Lo que ponemos a su disposición, por pequeño que sea, puede convertirse en una fortuna para la gloria de su nombre. En verdad, al dar, no hay vergüenza, siempre que se haga desde el corazón. ¿Cómo rechazaría Dios un regalo hecho con todo el corazón?

Jesús mismo nos da un fuerte ejemplo de entrega al punto de morir en la cruz por nuestra salvación. Es por eso que la carta a los hebreos lo anuncia como nuestro Sumo Sacerdote que ha entrado al santuario de Dios con su propia sangre para nuestra salvación. Él quita nuestros pecados y vendrá nuevamente para traernos la salvación y lo esperamos con impaciencia.

Pidámosle que nos ayude a ser generosos con nuestro tiempo, nuestros talentos y nuestras riquezas. Pidámosle que nos ayude a dar con un corazón generoso lo que tenemos para la gloria de su nombre. ¡Que Dios los bendiga a todos!

1 Reyes 17: 10-16; Hebreos 9: 24-28; Marcos 12: 38-44



Fecha de la Homilía: Noviembre 11, 2018

© 2018 – Fr Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en Contacto: www.mbala.org

Nombre del Documento: 20181111homily.pdf